



DESEOS PARA EL PROXIMO AÑO

«De todos los actos—dice Sócrates, en el diálogo de Valéry—, el más completo es el de construir.» Este verbo, construir, no se agota en su significación arquitectónica, pero contiene una analogía cuyo sentido principal pertenece de lleno a la Arquitectura. «Aquí estoy, dice el constructor—según el mismo Sócrates—; soy el acto.» No basta el orden de la Naturaleza. Hay que seguir reuniendo y organizando lo que aun permanece disperso y aislado: materiales, oficios, industrias... Reunimos importantes energías los arquitectos para construir un edificio, tal vez una manzana o un barrio entero; no podemos ya, aunque nos juntemos muchos, construir una ciudad. Su belleza espacial es también función del azar y del tiempo. Y, sin embargo, este de construir nuevas ciudades a la medida del hombre, sigue siendo nuestro mayor y al par nuestro mejor empeño en los tiempos modernos. Tal vez hayamos acertado en los principios, sin encontrar lenguaje adecuado con que expresarlos.

Pero hay otra cuestión más grave: ¿Qué convicción ponemos hoy día detrás de lo que construimos? ¿Una convicción tan efímera que a los pocos meses de terminado el edificio va a ser sustituida, tal vez, por su contraria? ¿Cuáles son nuestros cimientos espirituales, es decir, con relación a nuestro arte, formales? El Monasterio del Escorial está durando tanto como la convicción creadora de Herrera frente al plateresco de su tiempo. No tiene sentido un Herrera arrepentido de su obra o poco convencido por ella. En cambio, ¿si nuestros edificios tuvieran que durar lo que duran las convicciones que nos han permitido proyectarlos así, y no de otra manera...! La posibilidad de esa «otra manera» es lo grave.

Sinceramente, tendríamos que ser los primeros en desear que su vida no pasara de los cinco, los diez, como muchísimo los treinta años.

Hoy día construimos para un término medio de quince años nada más. Y aun no se ha dictado ninguna disposición limitando, en este sentido, la duración de nuestras construcciones. ¡Hacer una Arquitectura respaldada por nuestros entusiasmos o fervores sentimentales, una Arquitectura de quita y pon, intercambiable, temporal en suma! Lo único que no tiene derecho a ser un arquitecto es sentimental y subjetivo. Lo único que importa, digámoslo francamente, no son nuestras actitudes, nuestras inclinaciones particulares, nuestras imaginaciones, sino la Arquitectura.

Esto es lo que se trata de conquistar, todavía, a través de testimonios más o menos auténticos y dolorosos, en esta fecha en que empieza la segunda mitad del novecientos, el siglo en que las demás artes plásticas han buscado su integración en la forma arquitectónica. Funcionales o neoclásicos, hay que serlo de veras, con una convicción que pueda durar tanto, por lo menos, como nuestras fachadas. Desde el punto de vista de las necesidades inmediatas, la forma social es la más importante para nosotros; pero, estéticamente, la forma religiosa sigue estando por encima. ¡Qué bien estaría que inauguráramos esta segunda mitad del siglo convencidos de veras, como arquitectos españoles, de la necesidad de incorporar—de acuerdo con un nuevo concepto del espacio y con un viviente lenguaje de formas—la forma religiosa a la arquitectónica!

LUIS FELIPE VIVANCO. Arquitecto.